

El pozo de Ella

Desireé Martín



Capítulo 1

Ella tenía miedo.

Él tenía paciencia.

Ambos tenían mucho amor que compartir.

Si le preguntasen en qué momento pasó no podría dar una respuesta con total certeza. Ni un día, ni una hora o siquiera una estación. De repente había sentido dolor en su cuerpo como nunca antes lo había hecho. Cuando miró alrededor solo podía ver oscuridad, una negrura intensa que parecía devorarla. Ella había caído en un pozo, olía a humedad y cuando tocaba a su alrededor estaba completamente rodeada de fría piedra, o eso le decían sus manos.

Al mirar hacia arriba podía ver un poco de luz, la entrada del oscuro pozo y, recortada contra esa luz, una silueta. Él la había visto caer y estaba muy preocupado por su estado. Según le explicó llevaba tiempo ahí abajo pero había permanecido dormida o tal vez inconsciente a causa de la caída.

Ella intentó trepar, salir de esa trampa mortal en la que no estaba segura de cómo se había metido, pero no era nada fácil. Él lanzaba cuerdas, escaleras de mano, sábanas atadas unas a otras, todo lo que se le podía ocurrir. Pero todas terminaban irremediablemente rotas, y aunque en alguna ocasión Ella había logrado acercarse al borde, siempre terminaba volviendo a caer y haciéndose tanto daño como la primera vez, o incluso más.

Derrotada e incapaz de ver la forma de escapar, terminó por acomodarse en su oscuro y profundo pozo, haciéndose un hueco lo más acogedor posible. Ya era suyo, era su nuevo hogar. Le resultaba mucho más sencillo aceptarlo de ese modo que seguir intentando salir para volver a caer de nuevo. La decepción y el fracaso dolían casi tanto como los golpes de la piedra en su espalda, piernas o cabeza.

Desde arriba, Él fue proveyendo a la chica de todo lo que pudiera necesitar. Sustituyó las cuerdas por mantas, comida y agua. Se aseguró de que no le faltaba de nada y esperó. No sabía exactamente a qué esperaba, solo lo hizo. Supuso que ya lo descubriría.

Un día estaba explorando su pozo. No era la primera vez que lo hacía, aunque era algo bastante reciente. Los dedos de Ella se deslizaban por los bordes, notándolos húmedos, ásperos o a veces suaves. Sentía esquinas y bordes redondeados que la confundían y a la vez despertaban su

curiosidad.

Había descubierto que el pozo iba cambiando, no era siempre igual. Su profundidad solía variar, a veces se mantenía igual durante semanas, otras percibía la diferencia en el mismo día. En ocasiones era capaz de distinguir el color de los ojos de Él, mientras que en otras le costaba ser capaz de distinguir su silueta.

Aún no había descubierto qué hacer para conseguir que el pozo fuera poco profundo, lo suficiente quizá como para salir de él. Y entonces, mientras tocaba una de las paredes, un objeto se desprendió de esta y cayó sobre su cabeza. Exclamó por la sorpresa y el dolor, frotándose el lugar en el que la había golpeado.

—¿Qué es eso? —preguntó Él, que la observaba desde arriba.

Ella se agachó para tomar el objeto, deslizando los dedos por su superficie, girándolo y abriéndolo. Por un segundo sus labios se estiraron en una breve sonrisa, al menos hasta que volvió a ser consciente de su situación.

—Un libro. Pero no puedo leer, aquí no llega la luz —respondió ella, con cierta resignación en la voz.

Dejó aquel libro a un lado, como otro pedazo más de aquel lugar sin sentido, decidida a volver a acurrucarse en una de las mullidas mantas que Él le había dado y dejar pasar unos cuantos días más en la somnolencia del silencio.

Al menos ese era su plan, pero fue interrumpido al escuchar algo caer sobre sus piernas. Emitió un quejido, frustrada y mirando arriba como protesta por ese nuevo ataque. La silueta lejana del chico la saludaba con la mano.

Ella dejó escapar un pequeño gruñido pero la curiosidad siempre había sido parte de su alma, así que buscó a tientas el objeto solo para descubrir que se trataba de una linterna. Sorprendida miró hacia arriba, donde Él le dedicaba una sonrisa. No parecía estar tan lejos en ese momento y hasta su voz sonó más clara cuando habló.

—Ahora ya tienes luz —dijo. Esta vez la chica le devolvió la sonrisa.

No había tiempo que perder. La habitante del pozo sentía curiosidad por aquel tomo y no se demoró en abrirlo para comenzar a leer, a beber de sus palabras y alimentarse de sus frases. Igual que la oscuridad había parecido devorarla a Ella, ahora parecía ser ella la que devoraba aquellas

páginas.

Cuando lo terminó, en un plazo que le pareció insignificante, lo dejó a un lado con un suspiro satisfecho. Aprovechó a mirar entonces a su alrededor, usando la linterna que Él le había dado.

Los ojos de Ella se abrieron de par en par cuando descubrió que, entre las piedras de aquel pozo, habían cientos de libros. Estaban metidos entre las rocas, entremezclados con estas como si fuera parte del ADN de aquel lugar. Sintió calor en su pecho y su cerebro parecía cosquillear ante tal imagen, ante la perspectiva de poder leer para viajar a otros mundos, a otras mentes.

Comenzó a sacar libros y a absorber sus relatos. Uno tras otro iban siendo víctimas de su voraz apetito por las palabras. Cuando los leía, los iba apilando a un lado, sin darse cuenta de que iba formando torres y más torres de tomos.

Él se encargó de seguir dándole todo lo que necesitaba; agua, comida, pilas para la linterna -que no le faltara la luz era de vital importancia-. Mientras tanto, él solo la observaba y esperaba. Aunque seguía sin saber a qué, tan solo esperaba.

Y así, entre tanto ir y venir, un día al asomarse la vio más cerca que nunca. Fue capaz de ver el color de su pelo, la palidez de su rostro y las ojeras que rodeaban sus ojos. Pudo distinguir la pequeña sonrisa que se formaba mientras estaba absorta en la lectura. Cómo jugueteaba con los dedos en las páginas que iba pasando sin descanso. O cómo, en ocasiones, sus labios se movían para murmurar palabras o imitaba las expresiones que estaba leyendo. Podía ver tantas cosas de Ella que, dejando el miedo de lado, se animó a interrumpir su incansable lectura.

—¿Sabes qué? Aquí hay sitios muy cómodos donde sentarse a leer —dijo.

Ella lo miró, apretando los labios y sintiendo una presión en el pecho. ¿Salir del pozo? Sí, claro que quería. Ver esos sitios cómodos y seguramente sentarse a su lado para disfrutar de la forma en la que el sol nacía y moría en un solo día. Disfrutar de los paisajes narrados en los libros y poder oler la tierra cuando las nubes apenas comenzaban su llanto.

Sin embargo no era tan sencillo. No recordaba cómo era caminar. ¿Y si el viento era demasiado fuerte y la hacía salir volando? ¿Y si sus piernas eran incapaces de soportar el peso de su cuerpo y solo obligaba que Él tuviera que detener sus pasos para esperarla? ¿Qué ocurriría si el sol, ese que tanto deseaba ver, la cegaba y no podía volver a leer?

Todos sus pensamientos lograron aterrarla, convenciéndola de que en el pozo estaba más segura. Su pozo era conocido, allí nada podía sorprenderla y siempre podía vivir todo tipo de aventuras a través de los héroes y heroínas de sus libros. Ella agachó la mirada y volvió a enfrascarse en su lectura, sin responder.

Su pozo parecía más húmedo y frío que de costumbre, pero ella no se detuvo en su rutina. Un día se dio cuenta de que para poner uno de los libros en la pila de aquellos que ya habían sido víctimas de su insaciable apetito tenía que ponerse en pie. No solo en pie, tenía que estirarse y apoyar las puntas de los mismos para poder llegar! Las torres eran tan altas que, por un breve instante, en su mente surgió una idea. Una totalmente disparatada. Una idea estúpida, loca, ridícula y sin sentido alguno.

Quería dejar que esa ensoñación descansara en un rincón de su mente como la fantasía que parecía ser. Sin embargo volvió a hacer lo que había estado haciendo todos esos días, meses y años. Alzó la vista. Él estaba allí.

Sin embargo algo era diferente. No estaba solo mirándola sin más, observándola leer, no. Él había metido el brazo en el pozo y lo estiraba todo lo que le era físicamente posible, ofreciéndole a Ella su mano, como si hubiera sido capaz de leer sus intenciones en las líneas que formaban su ceño fruncido.

Después de tanto tiempo sin querer arriesgarse Ella volvió a intentar trepar. Lo hizo a pesar de que le temblaban las piernas y de no tener fuerza en los brazos. Y no fueron solo las ganas que tenía de ver el exterior; de oler, de sentir, de ver, de vivir. También lo hizo por Él, porque había estado cuidando de ella todo ese tiempo. Y aún cuando ni Ella misma confiaba en ser capaz de salir del pozo, Él estiraba su mano para ofrecer su ayuda, para dar el último empujón. El último esfuerzo.

En el exterior Ella nunca dejó de leer, pero él ya no tenía que cuidarla, así que ambos podían disfrutar juntos de los rayos del sol, el olor de las flores, el sonido del mar y todas esas cosas que la gente da por sentadas.

Él y Ella nunca olvidarían lo que fueron antes de llegar ahí y ahora tenían la certeza de que si Ella llegara a caer de nuevo en el pozo -io incluso si llegara a hacerlo él!- solo debían comprender el miedo, tener la paciencia y recordar el amor.